

Eugenio Mediano Flores

Poesía y vida

“¡Unirse para combatirlo todo y a todos los que tratan de hacer sospechoso el valor de la vida!”.—Nietzsche.



EN su magnífica obra *La Rebelión de las Masas*, el maestro Ortega y Gasset dice que “el hombre selecto no es el petulante que se cree superior a los demás, sino el que se exige más que los demás”. Esta sencilla afirmación, que pone en evidencia tantos falsos valores, se ve cumplida de punta a cabo en la vida y la obra de los grandes poetas de la humanidad. La vida del poeta, de ese hombre selecto y exigente perpetuo de sí mismo que es el poeta, ha de ser una flecha lanzada hacia la diana de la constante superación. Fenómeno no propuesto, ni deliberado, sino implícito en el suceso de ser poeta.

Pero esta superación —aparente o real, que más bien pudiéramos señalar como insatisfacción del pretérito inmediato— le será imposible conseguirla si al comenzar su viaje por la senda de la poesía, lo hace como las maletas —colocadas insensibles sobre las rejillas de los vagones del ferrocarril— o como los kodaks, que impresionan bellos paisajes y monumentos maravillosos, ignorando en absoluto el *porqué* de la película donde la imagen —luego de atravesar un objetivo calculado ópticamente— quedó aprisionada. El

poeta necesita saberse cuerpo que viaja y espíritu que percibe; sentir su pie como abstracción de cada uno de los pasos de su andadura, porque sobre él hizo recaer toda la fuerza motriz del traslado. Porque, si bien es cierto que Arquímedes enunció su principio después de aquel "¡Eureka!" admirativo por tal hallazgo del peso específico, es también un hecho incuestionable que tal hallazgo fué fruto, no sólo de los estudios anteriores que le ponían en guardia ante los fenómenos físicos, sino, al mismo tiempo, de una disposición íntima y de una vocación que le empujaba hacia ese estudio y ese hacer. Lo que ha llegado hasta nosotros, junto con la anécdota del descubrimiento, es el enunciado del principio, demostrable de una manera matemática; es decir, el *a posteriori* del suceso. Pero ¿es que Arquímedes no podría explicarnos en virtud de qué género de aficiones, intuiciones e inclinaciones, de qué postura ante el mundo y las cosas del mundo llegó a descubrir su teoría sobre el volumen y el peso de los cuerpos? Yo me resisto a creer que el gran físico ignorara las causas que le condujeron a enunciar su principio.

Esto mismo supongo para el poeta y el escritor. No me parece justo admitir que escriban *porque sí*, sin que puedan explicar en un momento determinado qué género de pensamientos y sentimientos, o qué forma de ser ante el arte y la vida, les hizo vivir el instante creador como lo hicieron. No creo que sea nada difícil para el escritor situarse ante sí mismo, como físicamente lo hace ante un espejo, y analizar su íntima personalidad; ni tan imposible definir las causas que le impulsaron a vestir galas literarias como expresión de su sentir; ni ser incapaz, ya ante el espejo del análisis y la autocrítica, de comprobar en qué sentido se acomodan a él esas prendas artísticas que se decidió a vestir. Porque uno de los factores que estimo fundamental —para aquel que se sitúa con una emoción y un afán creadores ante las cuartillas— es la conciencia del hecho en sí; tener una conciencia clara del sentimiento que le impulsa a escribir su verdad íntima. Sólo de esta forma podrá encontrar una

explicación plausible a la personalidad que ostenta y llegar al conocimiento de *por qué* esa personalidad circula por el mundo.

Todo esto viene a cuento de que hay muchos escritores —poetas en su mayoría, y algunos lo han manifestado así en público recientemente— que cuando se les ha preguntado por la *línea estética* que rige su pensamiento y su obra literaria, han recibido la pregunta con un gesto de perplejidad y asombro, como si se les hubiera preguntado algo absolutamente ajeno a su profesión de escritores. Exactamente lo mismo que si le hubiéramos preguntado a una cacatúa —que dice lo que sabe sin saber lo que dice— la razón de su parloteo.

Esta perplejidad y esta sorpresa significan, sencillamente, que estos escritores a quienes se hizo la pregunta, no se han preocupado nunca de conocerse, de saberse como tales seres funcionales; ni han tratado de buscarle un sentido intrínseco, una inicial de su actividad, como si ésta fuera algo adjetivo y no fundamental de su ser. Cuando se escribe con verdad, con honradez literaria, se sabe siempre qué se quiere y dónde se va. Y el único tropiezo que el escritor debe encontrar en su camino de hacerse patente a los demás —que es el escribir— será la mayor o menor facilidad expresiva, por lograr la cual se esfuerza, hasta convertirla en vehículo capaz de manifestar todo su sentimiento, su emoción y su idea. Nunca carecer de estos tres elementos y poseer, en cambio —cual sucede con los creadores y prosistas hueros—, un buen vehículo expresivo.

Lo extraño es, sin embargo, que si a cualquiera de estos escritores, a los que tanto asombra la pregunta sobre *su estética*, se les colocara en el caso de diferenciar la línea estética de San Juan de la Cruz, de la de Fray Luis de León; la de Calderón, de la de Lope de Vega; la de Velázquez, de la de Goya; la de Donatello, de la de Alonso Berruguete, no encontrarían la menor dificultad para ello. Pueden argumentar que esto es hacer un estudio de la obra realizada; pero es indudable, también, que puestos en el dilema de preferir, cada uno de ellos sabría escoger, de estos escritores y geniales ar-

tistas, aquellos que más íntimamente coincidieran con su propio ser, con su forma de obrar ante la vida y las cosas de la vida. Y esta preferencia, ¿no manifestaría por sí mismo una línea estética? “Si quisiéramos resumir en una proposición brevísima la esencia de lo estético —afirma Spranger— diríamos que es *la expresión informada de una impresión*”. Impresión que, en nuestro caso, es puramente subjetiva, íntimamente sustancial y fundamental en la constitución del hombre escritor, que nada tiene que ver con las normas externas y frías estudiadas por la preceptiva, ni con las normas moralmente regidoras que estudia la ética.

Cuando oigo decir: “Yo no sé por qué escribo”, “Lo que hago fluye ajeno a mi voluntad, sin darme cuenta exacta”, estos escritores me dan la sensación de burros flautistas, que viven de casualidades con buen resultado; y la casualidad no existe en literatura. Lo bueno es que hacen su afirmación en el pleno convencimiento de evidenciar así su genialidad, la posesión de un *quid divinum* inspirador de sus obras, cuando lo que verdaderamente ponen de manifiesto es su falsa postura, o su postura “a la buena de Dios”, ante el mundo y la literatura. No creo en el escritor espontáneo, en el poeta ignorante. La poesía —y la literatura en general— necesita aprender para conseguir una expresión y una eficacia. La floración espontánea será buena para los hongos, pero en lo que a la poesía se refiere, sólo da “pastores poetas”, que es como decir balbuceadores de un sentimiento posiblemente grande, pero inapreciable dentro de una expresión torpe. Con esto no me declaro partidario —ni mucho menos— de la perfección formal sobre la expresión del sentimiento (de ello trataré más adelante), sino del saber necesario para el poeta, de la cultura enriquecedora de su sensibilidad que no es un tener presente lo aprendido, sino poseer ese sedimento conocedor —que percibe lo externo sin extrañeza— después de olvidado lo que se aprendió. Es decir, que no se pierda la eficacia de su emoción y su sentimiento por incapacidad expresiva.

Y si el poeta ha buscado esa eficacia, si ha tratado de aprender,

indudablemente se ha dado cuenta de que, al enfrentarse con las fuentes del saber —vida y libro— éstas le enseñaron a definirse, como lección primaria; a escoger y preferir entre las múltiples entradas al laberinto de la existencia y la cultura. La elección y sus causas determinan la postura estética. La consecuencia de ella —los poemas logrados en su virtud— denunciará esta postura a los demás; será la salida del laberinto que ya tiene carácter de dominio público. Se le da por añadidura y deja de pertenecerle al poeta.

Pero de esa entrada al laberinto, de ese instante maravillosamente libre en que el escritor se halla capacitado para elegir y renunciar, es del que el escritor debe tener plena conciencia, porque en él reside toda la autenticidad de su obra. Que, de ninguna manera, podemos admitir que sea casual, que sea un *fluir ajeno a la voluntad*. Esta creencia es la que me mueve a fijar la diferencia entre mi manera de ver la poesía —de sentirme ante el pórtico del laberinto— y las “maneras” que veo en otros. Es decir, que yo —que me he imaginado muchas veces renunciador y elector, en cuanto a la poesía se refiere— voy a puntualizar sobre mi elección (postura que, naturalmente, supongo única verdadera) y mi renunciamento. Con frase nietzscheana, voy a contar lo que dice mi cuerpo de mi alma; voy a tratar de la vida poética y de la poesía vivida, a la sombra de mi silencio, porque es en ese momento silencioso cuando surge la verdadera personalidad del hombre, cuando más vivida es la poesía en el hombre poeta. Cuando poesía y vida son dos cosas perfectamente serias.

* * *

La primera cuestión que hube de resolver desde mi campo estético, cuando la existencia de este campo estético se me manifestó, fué la diferenciación de los conceptos *lirica* y *poesía*. Surgió en una conversación con el gran maestro Antonio Machado quien —con aquella su voz acogedora, de tono inalterable— me dijo: “Yo es-

timo la hondura poética sobre la belleza lírica". La frase me hizo pensar —tal vez con exceso para mis pocos años de entonces—, y estudiar sobre ella a través de toda mi vida. Así he podido llegar a una conclusión —particular, claro está—, que desconozco si servirá para alguien más; por mi parte, ante la obra de muchos otros poetas, pienso que no estoy solo con ella; indudablemente existe una perfecta diferencia entre poesía y lírica, desde el instante en que a ésta la considero la forma bella de expresar el sentir poético; lírica es la musicalidad vinculada al sentimiento del poeta, cuando éste expresa su emoción íntima; algo como el halo superior del buen decir que, por otra parte, estimo imprescindible en todo poeta.

Porque cuando el poeta fija su atención en un hecho, o en una cosa que le sitúa en trance poético —originando en él un sentimiento que le impulsa a expresar la vibración del alma— procura buscar, de aquellas palabras con que puede hacerlo, no sólo las que más exactamente digan, sino también, como objetivo importantísimo, las que más bellamente expresen el instante creador, sin perder por ello justeza y emoción la verdad poética.

Más si esta forma bella de decir —y aquí comienza la diferencia—; si ese encanto sensual del bien decir, que es la lírica, supera a la verdad que con ella se dice, o si carece totalmente de esa dinámica inicial íntima que es la poesía, nos encontraremos ante un agradable conjunto de frases —más o menos "bonitas"— que sueñan melódicamente, pero nunca podremos decir que eso sea poesía, desde el punto de vista y el matiz que pretendo fijar. El autor podrá mostrárenos como un buen lírico que sabe manejar a la perfección el transporte bello en que se asienta la poesía, pero en cuya alma no se percibe ese elemento sublime, serio que debe ser transportado.

La lírica, tomada desde este ángulo, es a la poesía lo que la pluma al pájaro o los pétalos al cáliz de la rosa. Pájaro y rosa perderían mucho de su valor plástico sin las plumas y los pétalos, pero seguirían siendo. Cosa que no les ocurriría por sí solos a los pétalos y a

las plumas; si bien, en cuanto a la rosa, podríamos tomarla como símbolo de la lírica y nos parezca más en tanto conjunto de pétalos que en la fijeza de su cáliz. Sin embargo, el sentido de hallazgo de lo auténtico que le estoy dando, sólo se puede encontrar en el manantial de vida que es su cáliz para la flor.

Aunque exagerando un poco los tonos, me parece haber delimitado el campo de lo específicamente lírico. Hacer lo mismo con lo poético no deja de tener sus dificultades, ya que, hasta ahora, no hice otra cosa que despojar a la esencia del contorno que le daba realidad, quedando suspendida en el aire por su calidad de elemento volátil; con presencia indudable en el reducto del sentimiento, pero sin asidero material para mostrarla. Sin embargo, por el camino de la metáfora —no muy de mi agrado— espero llegar a una definición concreta. Si lírica —como antes apuntaba— es la voz expresiva del poeta, poesía será la sublime sensación de éste ante el mundo, ante los hechos y las cosas del mundo, dada en esas palabras que componen la lírica. Pero ha de ser tanta la identificación de la una con la otra, que poesía verdadera, acabada, será la que sepa servirse de tal modo del hecho real de la lírica, que la verdad resultante produzca un movimiento emotivo de realidad. Y si partimos de una definición total de poesía, que ya he utilizado otras veces, diciendo que es “la voz expresiva de un sentir anhelante”; ese *sentir anhelante* que hace ser a la voz expresiva, a la lírica, será la poesía.

* * *

Pero aún tenemos relacionadas poesía y lírica; y yo afirmaba que la poesía quedaba despojada del boato lírico que la plasma en realidad: Así es como hemos de tomarla, independiente, para estudiar su valor auténtico, particular. Para esto, sirve muy bien la definición anterior de *sentir anhelante*, que señala el anhelo como cifra constante en la creación poética.

Partiendo de aquí espero llegar al objetivo inicial. Mas la poesía tratada objetivamente, cual lo estamos haciendo, centrada en ser o esencia de una sustantividad, necesita del poeta como elemento imprescindible. El es sujeto de la acción, portador de un alma superior a la normal de las almas, capaz de experimentar en sí el *sentir anhelante*.

Para este hombre la poesía no podrá constituir jamás un recreo o un obrar transitorio por simple acción exterior. Porque poesía no es solamente un quehacer, sino la parte más importante en la vida del poeta, por cuanto lo estructura, y traza su manera de ser y su forma de vida. El poeta tiene que *crear* la poesía hondamente para poder hacerla, ya que la poesía representa un sincero abrirse las entrañas del espíritu, para llegar a identificarse de una manera absoluta con las cosas del mundo, hasta alcanzar ese momento, en que en el poeta, crece la duda de si son las cosas las que piensan por él, o si es él quien piensa por las cosas: Duda magnífica del instante creador, cuando en lo poético evidente todo tiene la necesaria claridad para encontrar en ello la transparencia de la emoción hablada, pero también la deliciosa oscuridad de lo perfectamente armónico. Y nada existe en mejor armonía que la emoción del poeta y lo por él cantado; nada en ensamblaje tan perfecto y en tan íntima confusión. Ahí radica el motivo de identificarse con las cosas del mundo de esa manera entrañable: necesita calar hasta el último reducto de las cosas en su persecución inquebrantable de la corteza. Por eso, el anhelo permanente del poeta es la verdad, pues para él poesía no es otra cosa que amar la verdad y recogerla donde quiera que se encuentre.

De esta forma llegará el poeta, si no a poseer, sí a intuir una verdad: esa verdad suya, en busca de la cual alentará toda su vida poética. Y esa verdad, la médula que se encuentra en el centro mismo de la verdad del poeta, será el ser poético; la exacta poesía, perenne en nuestro espíritu aunque se hayan olvidado las palabras que la hicieron llegar allí. Cuando queda en nosotros el latido primario

que la hizo ser poesía, que la convirtió en idea y emoción plasmada. Porque en el poeta, al revés que sucede en el artista plástico, surge antes la concepción de la idea que la forma de su ejecución. Por eso yo niego que sea poeta aquel que, de antemano, tiene anotadas una serie de frases y de imágenes líricas, y estima que *hacer un poema* es coordinarlas de manera que resulte una totalidad grata en su lectura, pero exenta de esa verdad imprescindible, de esa idea medular.

Poesía, que es siempre expresión de un mundo interior, de una sensibilidad íntima reaccionando ante el "fuera", no puede quedarse en música y vaguedad, en murmullos y suspiros (como pretendía la poetisa gallega, tal vez más por *poetisa* que por pertenecer a la dulce región española); en cambio, la lírica sí. Poesía ha de ser voz honda del alma; voz, en sinfonía con las voces y la música de la vida que está percibiendo. Voz serena o voz angustiada; alegre o en queja, según la impresión el choque con el mundo exterior. Pero nunca un conjunto de bellas frases elaboradas fría y pacientemente. Porque nada cansa tanto en lo escuetamente bello, cuando en él no se expresa una verdad íntima, un yo que dice de una manera directa, como el arte trabajoso tras ello adivinado. Para hacer poesía —lo apunté antes— hace falta creérsela hondamente. En cambio, con un sentido de la belleza y un buen gusto en la elección de las imágenes, pueden lograrse frases líricas.

No obstante, después de haberla diferenciado, para lograr el sentido exacto de la frase de Antonio Machado, el maestro primero de la poesía contemporánea de lengua castellana, poesía y lírica deben ser inseparables, deben fundirse en el mismo crisol para llegar al idioma perfecto del alma.

* * *

La segunda cuestión que mi postura estética hubo de resolver, a la entrada del laberinto, fué la de la *pureza e impureza* poéticas; es

decir, la del grado en que la vida entra en la poesía. También aquí, naturalmente, resolvió lo que Berdiaef —al referirse a Dostoiewski— llama “credo del escritor”. Esto es, la sensación experimentada por mí ante el mundo, y mi contemplación subjetiva de él.

La poesía, por obra y gracia de *puros e impuros*, se encuentra hoy convertida en Jano, del cual cada uno acepta la faz que más conviene con su manera de sentir y hacer.

Los de un lado ven la vida acabada y feliz, exaltan sus perfecciones y cierran el paso, en su obra, a lo amargo de ella; para éstos poesía es logro, plenitud, el *summum* de belleza alcanzado, por lo que se canta. Para los otros, poesía es deseo, añoranza, anhelo constante de lo cantado. La vida es imperfecta y quieren para ella ese algo que cantan, resultando su creación angustiada por la falta. La poesía —para este último grupo— toma un poco de aquel dios Abraxas, que unía lo divino y lo demoníaco, porque ambas cosas existen en la vida.

Estas son las dos divisiones fundamentales para clasificar el mundo poético en general, de las cuales pueden desprenderse múltiples matices: los poetas que anhelan y los que tienen, los que expresan su contento y los que dicen su angustia. Encuentro no obstante —lo decía en mi definición de poesía— que existe un elemento común a todos: el anhelo. Porque los poetas *que tienen* prestan siempre de sí, al objeto cantado, un último matiz que ellos advierten en su instante creador, pero que no tiene presencia en la realidad; algo como el toque final, el de gracia, a la perfección cantada. Y su anhelo se manifiesta en que, aun contentos de las cosas de la vida, no las encuentran en ese acabado conjunto que diera el cuadro completo por ellos deseado. Así, a un crepúsculo cantado le falta el color del lirio, ese color que en virtud de la luz crepuscular adoptaría el lirio; y ellos —el sentir anhelante de estos poetas— dan en el poema el lirio ante el crepúsculo o el crepúsculo para el lirio, satisfaciendo así su anhelo de perfección en la belleza y pudiendo decir al verlo completo: “¡No lo toques ya más, que así es

la rosa!”, frase de la que hicieron los poetas *puros* ley para su pureza.

A esta clase de poesía feliz corresponde la plasticidad de la vida lejana del suceso. El canto a la naturaleza es tema básico de ella. Los poetas olvidan las espinas de la rosa, para cantar la delicia de su color y el gozo que su presencia presta al mundo. El alma es algo que experimenta el placer de ser contenta en el muelle aposento de la felicidad ante lo bello, y no caben angustias ni supremos dolores... solo gozo ante el reposo y la calma que promete el prado, donde pasta pacíficamente el rebaño, y exaltación vibrante ante las florecillas que emergen de su verde. El amor se consigue y el recuerdo no produce la amargura de lo perdido, sino la suave añoranza de la belleza gastada. No desear, porque se tiene todo; se tiene ante los ojos y allí lo quieren. Vivir con los ojos, con el alma para los ojos, y no con los ojos para el alma. Porque para ellos vida es ser, y vivir, gozar con lo visto. Aunar lo visto hasta formar el completo de belleza necesario para la felicidad de cada instante. El anhelo, pues, existe en los poetas puros, pero es un leve querer que se mitiga con el gozo o, todo lo más, se expresa doliente y melancólico; suave en el dolor, tenue en la amargura. “¿Qué importan los demás sentidos —parece decir el poeta puro— si tengo ante mis ojos el más bello de los paisajes” Y mira lejos, a la mudez de los picachos serranos recortando el horizonte, al valle que hasta ellos va extendiendo su cromado matiz, al río que de una manera graciosa divide en dos el paisaje.

Pero olvida lo inmediato, se desentiende de la calle y de la tierra en que está cimentada la casa que le cobija. Desde su mirador hermético a las voces cercanas, gusta de la lejanía neblinosa, que le sitúa fuera de su cuerpo y de su realidad. Prefiere la ilusión de sentirse ángel o arcángel sobre la nube extraña, a la realidad de saberse hombre que busca su perfección y la perfección de su mundo por el camino de la belleza.

Esta clase de poesía feliz no da la vida, ni la verdad del hombre. El poeta se desprende de la vida para mostrar la quimera de su

torre de marfil. Se siente sobrecogido, vencido por la fuerza de la verdad que le circunda y, en vez de mostrar su emoción al descubierto para la lucha, la esconde, la cobija bajo todas las corazas de su debilidad, y la enfoca hacia los laterales suavemente fáciles, donde la angustia de lo problemático se trueca por la leve dolencia de lo mínimamente dudoso. Pero esta poesía se nos va de las manos en la actualidad. El poeta que en nuestros días tiene tal sentido poético, o miente su emoción, o carece de esa cuerda imprescindible para ser hombre en nuestra vida de hoy. Porque el hombre —un hombre poeta— no puede sustraerse al drama de nuestro tiempo; o, de lo contrario, queda convertido exclusivamente en poeta, sin vibración cordial, sin calor de vida, como un objeto de cristalería fina: carísimo, perfecto, magnífico de belleza, pero imposible de poner al uso, porque su fragilidad le haría quebrarse al momento ante la precipitada marcha del tiempo.

Por eso se apartan de la vida, se “purifican” y, acomodados en ese su mirador —hermético a todo murmullo extraño—, tienden su vista a la belleza amable de lo natural y lanzan al aire la paz armoniosa de su poesía, que no recogen los oídos de hoy, porque están incapacitados para recogerla; llenos de bullicio y rumor de tragedia, nada entienden de esa poesía, cual si estuviera escrita en el lenguaje extraño de un planeta desconocido. Para su poesía tienen estos poetas el nombre pacífico y gozoso que concuerda en todo momento con ella: la llaman “Canción”. Es decir, intrascendencia, modulación que puede perderse en el aire, porque ella misma, de tan sutil, es aire en sí. Porque ha hecho dejación de cuanto en la vida del hombre constituye recia arquitectura, ángulo fundamental en que ha de basarse el edificio de su existencia.

La posición poética de los *impuros* es justamente la contraria; y con ella tratan de evidenciar la existencia en la vida de algo más importante que lo admitido por los *puros* como exclusivo objeto poético: la vida misma, de la que no se puede huir, en virtud de su amargura, para refugiarse en el canto fácil a la “efímera flor”, o

para perderse poéticamente entre acantos, asfodelos y otros lirismos botanicoides. Para los *impuros*, la misión del escritor es analizar sinceramente los sentimientos sufridos en el devenir diario de las circunstancias de su existencia. Ciertamente que emociona la delicadeza de un color cárdeno en el atardecer, pero esto no puede hacernos olvidar que el mundo está conmovido por el estruendo con que chocan sus odios, y que cada día hay cientos de almas que, involuntariamente, dejan de pisar la tierra y de amoldarse a un cuerpo.

Porque el deber primero de todo escritor, de todo poeta —tal es mi sentido— es darse a sí mismo en sus creaciones, reflejando el sentido de su época. ¿Cómo, pues, puede prescindir de la vida que le rodea? Y si no le es posible prescindir de ella, ¿van a presentar sus creaciones sentimientos distintos de los que corresponden a un tiempo como el actual? Sin embargo, los llamados poetas puros se obstinan en afirmar como único mundo poético el suyo y como poesía única la suya —de aladas imágenes y metáforas geométricas o químicamente puras— asegurando que la vida difícil del tiempo presente no tiene riqueza poética, por carecer de belleza.

Tal actitud, vista en su sencillez externa, podría parecer un anacronismo y hasta una insensatez si lo remitimos al abandono que estos poetas hacen de la realidad, de esa vida que es la suya propia, porque les resulta constantemente dolorosa; no comprenden, o no quieren comprender, que ese dolor es el de una juventud sabiéndose trascendente a su pesar, hecha responsable de su vida cuando esta vida todavía no era, aún no contaba como tal valor socialmente canjeable: es el drama de una juventud frente a la Historia, que le exige ser generación de tránsito. Y es, al mismo tiempo, el dolor de una madurez que ve desmoronarse los cimientos de lo que consideró fundamental y se afanó en mantener y acrecentar, para darse cuenta hoy de que levantaba un edificio completamente falso. Hay dolor y lágrimas por el mundo, hay amargura y angustia; hoy que el hombre se halla perdido, sin futuro, sin considerar sus días puntos de la recta que ha de llevarle a su meta, sino puntos aislados, días célula que

hay que vivir sin ayer ni mañana. Y el poeta no puede prescindir de esta atmósfera en que respira.

A pesar de todo, nada de esto cuenta para los poetas puros, que creen que su posición es la de situarse sobre la vida y la muerte, convirtiendo su poesía en la momificación de los pasados movimientos poéticos de un cierto momento de frivolidad artística, o en un lirismo a trasmano, siempre eterno, pero siempre, también, intrascendente. Pero existe también algo más, en la posición de los poetas puros, que cae de lleno en el campo de lo literariamente inaceptable: En su afán de buscarle justificación a su falta de razón, pretenden antecedentes y origen a su poesía —así lo manifiestan en su *declaración de pureza*— en la obra de nuestros clásicos más famosos.

Desde cuándo sean *puros*, con esa pureza sin glóbulos rojos que ellos pregonan, nuestros clásicos, lo ignoramos; y me resultaría una experiencia curiosa identificarlos en esa clasificación. El Arcipreste de Hita, Fray Luis de León, Quevedo, Berceo, Villamediana, Lope, Calderón... ¿Es a estos clásicos a los que quieren entroncarse los *puros* de hoy con su poesía? Un repaso de ellos es probable que les decidiese a cambiar de bandera, haciéndoles la cruz de su "pureza" y desahuciándolos de sus estanterías, para borrarlos después, y para siempre, de su memoria. Tal vez el único que permaneciera en su lugar, por esa parte de su poesía elaborada, cuajada de imágenes, fría y ajena en absoluto a la vida, sería Góngora. A ésta sí que pueden entroncarse los puros, siempre que den al olvido la otra parte de la poesía gongoriana que ellos estimarán llena de impurezas.

Frente a ellos está la poesía de los "impuros", como crónica perfecta del corazón del poeta; el corazón en carne viva al contacto con el aire y la vida de sus días, sintiendo con los hombres las necesidades de los hombres. Sus angustias y alegrías son congoja y placer del poeta, que hora a hora y de sus propios pasos sabe encontrar el sentido y los encauza hacia su anhelo constante de perfección, de ser. Sus instantes son latidos de la fibra del mundo, y

hace y es constantemente en él, deseando no perder un minuto de la trágica belleza de su marcha. El poeta vibra y es ante los goces y los dolores humanos, y su poesía tiene el valor de un grito, de trompa que llama a la vida por él sublimizada con la belleza de su creación.

Llora o ríe, según sea la condición de aquello que al andar por la vida se tropieza; cuando ve de la existencia lo desgarrado, la angustiada amargura, su poesía es drama, porque lo vivamente dramático adquiere presencia en él con igual fuerza emotiva que lo placentero. Sólo cuando crea su anhelo, cuando da la pauta de la vida deseada para sí y los hombres, goza amargamente, con la amargura de ver su gozo truncado por la realidad tangible que le aprisionan, cortando las alas al vuelo de su ideal... Y dice, dice siempre y es escuchado, para señalar a las gentes las taras que le impiden llegar al mundo que ambos desean, para enseñar a la gente el camino de ser hombres, la senda que ha de conducirles hasta la belleza, que es tanto como conducirlos hasta sí mismos, hasta su alma, que es el lugar donde se quiebran en belleza las angustias humanas.

Esta poesía es el sentido de hoy, la voz que a todos nos parece haber emitido, porque es reflejo exacto de nuestros deseos palpitantes, de nuestras exigencias espirituales más urgentes.

Para la lucha recia de nuestros días no sirven ya las torres de marfil, que tan fácilmente se derrumban, ni el alfeñiquismo atiplado de la voz desvaída entre imágenes y facilones lirismos, sino la entera cordialidad del alma fuerte que sufre y lucha, que sabe vencer y perder, dada con voz viril que sublimice la marcha accidentada hacia la perfección vital y sea una señal en su camino. El dios Abraxas, con su doble faceta divina y demoníaca, da de una manera total la vida de los hombres. Y, en este caso, es sólo la *poesía impura* quien recoge la esencia de la doctrina primitiva.